

**Implantacion de la placenta en el cuello.—Parto de gemelos.  
Version.**

A las dos de la mañana del día 3 de Setiembre del corriente año, fuí llamada para asistir á una señora que estaba de parto y cuya vida peligraba á consecuencia de una hemorragia grave. Llegué á la casa y me encontré con una jóven de 24 años, primeriza, de buena constitucion. Los dolores habian comenzado á las seis de la tarde del dia anterior, sucediéndose con fuerza y regularidad. La señora estaba pálida, su pulso frecuente y débil. Me refirió en pocas palabras, que segun su cuenta, la preñez databa de siete ú ocho meses, sin haberse presentado ningun accidente, á pesar de haber padecido antes una metritis crónica de que fué curada por un médico de Tulancingo. El vientre se presentaba uniformemente desarrollado, de forma ovoidea, alcanzando el fondo del útero á la region epigástrica, é inclinándose un poco á la derecha. Ausculté con el mayor cuidado, y un silencio completo respondió á mis investigaciones. La mujer, sin embargo, me aseguró que no habia sentido calofrío, y que no hacia mucho sentia aún movimientos. Introdujé mi dedo en la vagina, y al llegar al útero, tropecé con una masa blanda que me pareció ser un coágulo de sangre, al traves del cual, salia este líquido con abundancia. Llevando á un lado mi dedo, procuré vencer aquella resistencia; varios chorros de sangre chocaron contra él, obligándome á hacerlo retroceder inmediatamente. Conocí entonces de lo que se trataba, y proseguí mi exploracion con la mayor prudencia. Recorrí con la yema del dedo y muy suavemente aquella masa blanda, desigual, esponjosa; no me cupo duda que era la placenta; estaba insertada, *centro con centro*, como dicen los franceses. Encontré el cuello del útero reblandecido y ofreciendo una dilatacion del diámetro de una moneda de á cuatro reales. Los dolores se habian suspendido poco antes de mi llegada, y como la sangre aumentaba á cada contraccion, cesando éstas, la hemorragia disminuyó sin dejar por esto de ser inquietadora. Como el cuello no me pareció suficientemente dilatado; como los dolores, segun acabo de decir, se habian interrumpido, y no tenia yo una persona inteligente que me ayudase llegada la hora de una operacion, pedí unas hilas y practiqué el taponamiento. Mandé llamar á mi apreciable compañero el Sr. D. Rodrigo Ramirez, y como escurria muy poca sangre, me resolví á esperar, administrando entretanto á la parturienta algunas cucharadas de vino.

A las seis de la mañana llegó el Sr. Ramirez, lo puse al tanto de lo que pasaba; quitamos el tapón, é hicimos un reconocimiento. Como la placenta obliteraba completamente el orificio uterino, el diagnóstico de la presentacion era casi imposible. Mas los dolores habian vuelto, el cuello se habia dilatado ya convenientemente, la hemorragia aumentaba mas y mas cada instante, era urgente obrar: resolvimos la operacion.

Metí en la vagina dos dedos de mi mano izquierda, dirigiéndolos á la derecha y hácia atrás, siguiendo el borde del orificio de la matriz; porque en este punto, ora á consecuencia de los reconocimientos, ora naturalmente, la masa placentaria estaba desprendida. Logré despegar suavemente la placenta en una estension capaz para dar entrada á mi mano: llegando á la cavidad uterina me encontré con un hombro del feto; seguí por la parte posterior del tronco y caminando hácia arriba, así los piés é hice la version estrayendo un feto como de siete meses, ya muerto. Despues de la operacion, el vientre se notaba casi del mismo volúmen que anteriormente; esto nos hizo conocer que se trataba de gemelos. Dividí el cordón entre dos ligaduras é introduje de nuevo la mano: la placenta estaba ya totalmente desprendida; pero arriba y á la derecha, en una bolsa separada y completamente llena de líquido, existia otro feto. Estraje la placenta del primero y la hemorragia cesó.

Antes he consignado que la auscultacion nada declaraba, que el volúmen del vientre presentaba una forma regular, pequeña para dos fetos y muy proporcionada para uno; con esto ya se comprenderá por qué no pude hacer *a priori* el diagnóstico de la preñez doble, aunque es preciso advertir que la gravedad del caso no me permitió hacer un exámen minucioso. La mujer habia sufrido mucho, la hemorragia desapareció: fué preciso dar una tregua, y faltando otra vez los dolores, resolvimos administrar el centeno, con la esperanza de evitar una segunda operacion. Una dracma de este medicamento, en polvo, fué consumida en papeles de á medio escrúpulo, tomados cada veinte minutos. Las contracciones se despertaron; pero al cabo de cuatro horas, nada adelantaba el trabajo.

Desesperado de no alcanzar lo que me habia propuesto, observando que la mujer estaba ya agotada y que ella misma pedia la operacion, hice sin gran dificultad, la version pelviana y estraje un segundo niño, tambien muerto. Como tenia una placenta, completamente separada de la primera y presentando adherencias, estando yo fatigado, confié su extraccion á mi compañero el Sr. Ramirez, quien tuvo la bondad de ejecutarla hábilmente.

Prescribí en seguida á la paciente una pocion calmante, alternada con unas cucharadas de vino y encargué un reposo completo.

En los dias siguientes, la calentura de leche que se presentó 36 horas despues del parto, y duró dia y medio; loquios fétidos que fueron remediados por inyecciones emolientes y cloruradas, una metritis ligera combatida por los medios ordinarios y dominada con facilidad; he aquí los accidentes que observé en mi enferma, que á la fecha goza de una salud cabal.

Pachuca, Octubre 15 de 1866.

J. M. BANDERA.

